

«Lo que el omne sabe, si non
[...] obra con ello como debe es
muy pecador por ello».

Libro de los cien capítulos, p. 115.

CAPÍTULO I

UN REINADO DOMINADO POR EL IMAGINARIO IMPERIAL

La imagen del espacio terrestre en la época de Federico II ha sido estudiada con amplitud. La consideración más conocida era la de Giovanni da Sacrobosco [1195-1256], el autor de un célebre libro, *De sphaera mundi*, que desplegó el sistema geocéntrico de Ptolomeo por toda la Edad Media¹. En su línea siguieron Andaló do Negro [1260-1334], que llegó a ser amigo de Bocaccio en la corte de Roberto de Anjou en Nápoles, donde se encontraron importantes cartógrafos como Giovanni di Carignano [1250-1330] y organizaron noticias de diferentes viajeros y diplomáticos, identificando por primera vez las tierras del Preste Juan. Él mismo fue autor de otro tratado sobre la esfera y de un célebre tratado sobre el astrolabio. Antes de Andaló, el gran especialista en Euclides fue Campano da Novara [1220-1296], que hizo una edición de *Los elementos* a partir de una versión árabe y fue reconocido por Roger Bacon. La aspiración fundamental de esta línea de ciencia en el ámbito de la descripción

¹ O. Pedersen, «In quest of Sacrobosco», *Journal for the History of Astronomy* 16 (1985), pp. 175-221.

de la Tierra era definir su habitabilidad entre el ecuador y los trópicos y establecer las zonas climáticas de la misma². Los relatos coincidían en subrayar la inaccesibilidad de un paso desde el hemisferio norte al sur, ya fuera por la existencia de cadenas de montañas que devoraban carne humana, por desiertos de serpientes, por mares ardientes u algún otro obstáculo siniestro. Para estas representaciones, el paraíso se encontraba en la línea equinoccial, coincidente con el clima moderado, y estaba rodeado de muros de fuego, el calor de los trópicos. La altura de esa tierra paradisíaca impidió que las aguas del diluvio lo sumergieran. Una de las cuestiones que preocuparon a los geógrafos de Federico II fue la de la existencia de un clima templado de la zona austral que permitiría la existencia de humanos. La presencia de mortales en aquellos espacios, sin embargo, era contraria a la fe y por eso Michael Scot [1175-1236], uno de los más importantes averroístas medievales, presente en Toledo a principios de siglo y luego en la corte de Federico II, pensó en su comentario a Sacrobosco en *Liber Introductorius*³ que era el lugar del paraíso, y por ello inaccesible. Solo podrían llegar allí las almas. Este imaginario, que situaba la zona humanizada de la Tierra en límites muy marcados, fue decisivo para la representación del cosmos de las dos religiones, musulmana

² *The Sphere of Sacrobosco and its Commentator*, ed. de L. Thorndike, Chicago, 1949. Novara vio editado su *Tractatus de spehera* en Venecia, en 1518. Para estos temas se debe ver F. Cardini, «I viaggi di religione, d'ambasceria e di mercatura fra XIII e XV secola», in *Minima mediaevalia*, Firenze, 1987, pp. 235-292.

³ Cf. O. Voskoboynikov, *Liber particularis. Liber phisonomie*. Édition critique, introduction et notes, Florencia, 2019, p. 7. Michele Scotto, *Antiche scienze del corpo e dell'anima. Il Liber phisionomiae*, a cura di Franco Porsia, Tarento, Chimienti ed., 2009.

y cristiana, como realidades que habitaban espacios cercanos, familiares y manejables para los poderes de la época. Esa fue la condición de que la grandiosidad implícita en la aspiración imperial apareciera como adecuada a las dimensiones humanas. De este modo, se alentaron las representaciones básicas del dualismo cristiano, la de Cristo y del Anticristo, con percepciones espaciales que las aseguraban y las naturalizaban, que obligaban a sus portadores a disputarse la parte de la Tierra habitable.

Con estas premisas podemos hablar de la representación espacial de la Tierra de la que disponía Alfonso X. Con ella en mente examinaremos su programa imperial concreto y las razones de su verosimilitud. Y es que Alfonso disponía de falsas evidencias sobre el espacio que le permitieron forjar el sueño imperial. Luego veremos las dificultades políticas de su realización. Aquí solo avistaremos esas falsas evidencias que hacían la empresa falsamente asequible. En 1270, tras los encuentros con Jaime I para las bodas de Fernando de la Cerda, Alfonso estuvo enfermo. Los médicos, tantos los aragoneses como el suyo propio, Alonso Martínez, le recomendaron reposo. Aprovechando esta convalecencia, el rey se entregó a sus gustos culturales con una intensidad que es a la vez sintomática desde un punto de vista histórico y cultural. Histórico porque muestra cómo se hace la corte del rey Sabio. Para formar una biblioteca de libros cristianos, Alfonso tiene que llevar a cabo una verdadera expropiación de los más antiguos monasterios de la Rioja. Dibujemos la escena: el rey se establece en el monasterio de Santa María de Nájera. Desde allí, recibe a los abades de los monasterios limítrofes. Confirma privilegios, pero de camino les pide prestados algunos códices. Algunos abades, como el de Albelda o el de Santo Domingo de la Calzada, le solicitan recibos y el

rey se compromete a devolver los libros tan pronto se hayan copiado en la corte. Gracias a estos recibos sabemos de qué libros se trata. Fue a partir de ellos como se empezó el proyecto de escribir la *General Estoria*, la gran empresa cultural adecuada a la naturaleza imperial de su concepción política, el libro que, de forma alternativa a la Biblia, por cuanto también elaboraría la historia de los imperios seculares, estaría en condiciones de dominar todo el arco de tiempo de la humanidad e inaugurar así una nueva época, la alfonsina, que haría del imperio hispánico el último episodio de la *traslatio imperii*, tal y como quedaría establecido al inicio de la *Crónica General*. Pues bien, uno de esos libros que pide prestado es el «comento de Cicerón sobre el sueño de Escipión». Sobre este libro debemos detenernos.

El más grande conocedor del reinado de Alfonso X, Manuel Ballesteros, identifica este libro como «el trozo ciceroniano sobre el sueño de Escipión que había de entusiasmar a Petrarca cuando lo halló»⁴. Luego, para mostrar la influencia de los códices que tomó prestados de los monasterios sobre la empresa historiográfica, Ballesteros se refiere a determinados pasajes de la *Crónica General*, que no vienen al caso, y atribuye la fuente alfonsina a Paulo Orosio. De repente Ballesteros añade respecto a estos pasajes: «Se advierte en el autor [Alfonso o sus escritores] un flanco geográfico. Las deficiencias en respecto son increíbles. Por ejemplo, expresa: ‘en la ribera del mar Mediterráneo, que quiere decir, el mar de medio de la tierra, et estes el mar de Caliz’. Ya Alfonso había anexionado la tierra de Cádiz a sus dominios. Así vemos que para Alfonso no

⁴ Antonio Ballesteros Beretta, *Alfonso X el Sabio*, Ediciones el Albir, Barcelona, 1984, p. 499.

había diferencia entre el este y el oeste de Gibraltar». Para Ballesteros eso es un error, pero todavía lo es más «colocar el ‘mont Ethna en Lombardia’»⁵. Estos comentarios sugieren una forma de hacer historia irremediamente antigua. El historiador, colocado en la cima del saber moderno, examina al personaje histórico y se limita a concluir que está muy verde en conocimientos geográficos. Comete errores. Sitúa el monte Etna, que está en Sicilia, en la región continental de la Lombardía. Y llama al Mediterráneo el mar de Cádiz. El historiador se pregunta por las influencias de los autores antiguos sobre los hechos históricos y temporales que Alfonso introduce en su *General Estoria* y en su *Crónica General*. Pero respecto al espacio sentencia que Alfonso comete errores. Sin embargo, no se pregunta por las influencias de los escritores antiguos que determinan la comprensión geográfica alfonsina. El supuesto de base es que podemos tener dudas sobre los sucesos en el tiempo, porque el pasado no está delante de nosotros con sus presencias, pero que el saber del espacio es evidente, está al alcance de todos de forma inmediata, goza de una presencia autointuitiva, abrumadora, imponente. Basta abrir los ojos para tener conocimientos de geografía. Recordar el pasado es diferente, porque se trata de saber algo que ya no existe. Los hechos geográficos existen ahí, de forma continua, con independencia de que se los mire o no.

Esta creencia, que mirar es un asunto diferente de recordar, constituye un error de perspectiva que se puso de manifiesto de forma extrema en el descubrimiento de América. En realidad, para descubrir este tipo de anatópismos se requiere algún tipo de reflexión filosófica, y una investiga-

⁵ Ballesteros, *Alfonso X*, 500.

ción segmentada y falsamente especializada carece de herramientas para preservar al estudioso de este tipo de errores. Veamos un instante el asunto de Colón, porque es el ejemplo perfecto para abandonar la creencia de que comprender el espacio no necesita conceptos. Se podía pensar que Colón, cuando tuvo presente América, la miró, la descubrió, la reconoció, la comprendió. Basta recordar el libro de Edmundo O’Gormann *La invención de América* para comprender que hay una historia de la geografía, una historia del concepto de América como espacio identificado. Por eso, se da la circunstancia de que el concepto de América habría de ser acuñado por alguien que, ahora lo sabemos, fingió haber viajado a América, como Vespucio, pero que en realidad nunca estuvo allí.

Ballesteros no estuvo en condiciones de alcanzar esta perspectiva. Y no lo estuvo de raíz. No solo porque no trabajó con herramientas de la filosofía, esas mínimas que dicen que toda realidad espacial tiene en su base un constructo conceptual. Ni siquiera cooperó de forma expresa con la filología clásica, lo cual no es de extrañar, como luego diré. Y así, entre otras cosas, cuando identificó el libro que Alfonso tomó prestado de Nájera, lo confundió con el fragmento del capítulo final de la *República* VI 9-29, de Cicerón, en el que comenta el sueño de Escipión el Africano, que se presenta a su nieto Escipión Emiliano y lo exhorta a una vida de conocimiento y de virtud personal y política. En realidad, era el comentario que Macrobio, un escritor romano pagano del siglo IV, de inspiración neoplatónica, hizo del comentario del sueño de Escipión. No es de extrañar que Ballesteros no coopere con la filología clásica. Tampoco la filología clásica lo hace con la historia y así cuando vamos a la edición castellana del libro de Macrobio, realizada en el año 2006, nuestro

rey no queda citado como el primer gran lector hispano del texto⁶. Podemos suponer por qué Alfonso estaba ansioso de conocer este libro y por qué lo pidió a los monjes riojanos. Este libro era famoso porque ofrecía una alternativa general neoplatónica a la visión cristiana del mundo. En realidad su tesis central se oponía a Cicerón, pero esto era poco relevante. Mientras que Cicerón había elevado la vida práctica como el ideal de humanidad, Macrobio, que representa a la clase culta romana senatorial y sus intereses teóricos, ya piensa que es preferible la contemplación a la vida activa. Sin embargo, su tesis verdadera y platónica era de naturaleza escatológica y dice que también la vida activa puede ser compatible con la sabiduría contemplativa y que «las almas de los hombres que sirvieron bien al Estado, tras abandonar los cuerpos, retornan al cielo y allí disfrutan de vida eterna»⁷. Por lo demás, Macrobio ha sido interpretado de una forma que me parece oportuna como un antecedente de la figura imperial bizantina. «El gobierno imperial de Bizancio parece ser una aplicación práctica bastante clara del principio postulado por el influyentísimo Macrobio, quien en el umbral del bizantinismo escribía: “Est politici prudentia, ad rationis normam quae cogitat quaeque agit *universa dirigere* ac nihil preter rectum velle vel facere humanisque actibus tamquam divinis arbitris providere” [i.8]»⁸. Era por tanto muy satisfac-

⁶ Cf. Macrobio, *Comentario al ‘Sueño de Escipión’ de Cicerón*, Introducción, traducción y notas de Fernando Navarro Antolín, Editorial Gredos, Madrid, 2006. Por lo demás, desde el punto de vista filológico es un trabajo de primera entidad.

⁷ Libro I, 4.1., ed. esp., p. 145.

⁸ Cf. Ullmann, *Principios de gobierno y política en la Edad Media*. Revista de Occidente, Madrid, p. 117, n. 43,

torio para Alfonso X saber que la preocupación de servir al Estado y la contemplación eran compatibles, y que garantizaban una especie de salvación platónica para ellos, dada la inmortalidad del alma, en «un lugar particular en el cielo»⁹. Sin duda, con esto tenía que ver su voluntad de trazar un mapa del cielo, pues ese lugar era la Vía Láctea.

Con todo, no se debe exagerar la diferencia entre Cicerón y Macrobio. Este desea reivindicar la virtud de la casta senatorial romana, y proponer que sus viejos ideales desde Cicerón no eran contrarios a los nuevos ideales cristianos. No hay que olvidar que la familia de Macrobio emparentó con Boecio y Símaco. La clave, el punto que podía satisfacer mucho a Alfonso, era la tesis que legitimaba su actuación. En nuestro libro se decía que *por lo general* filósofos y políticos, con sus virtudes, iban por separado. Sin embargo, «en ocasiones aparecen combinadas, cuando se encuentra un alma, por naturaleza y por educación, capaz de ambas [virtudes]». Por separado, ya estos seres humanos virtuosos cada uno en su capacidad eran dignos de la recompensa eterna. Pero «sucede con frecuencia que el mismo corazón es sublime por su excelencia tanto en la vida pública como en las disquisiciones privadas y gana el cielo por la *práctica conjunta* de ambas virtudes»¹⁰. Era bastante comprensible que Alfonso se viera como uno de estos corazones sublimes, «no menos instruido que valiente»¹¹. Macrobio le prestaba a nuestro rey la mejor idea de sí mismo.

«No hay nada más perfecto que esta obra, que abarca por entero la totalidad de la filosofía». Así concluye Macrobio

⁹ *Sueño de Escipión*, Libro I, 4, 4, ed. esp., p. 146.

¹⁰ *Sueño de Escipión*, II, 17, 4-8, ed. esp., pp. 444-445.

¹¹ *Sueño de Escipión*, II, 17, 11, ed. esp., p. 446.

su escrito, alabando el continuo de teoría y de práctica¹². Alfonso, al tener en sus manos este libro, debía considerar que disponía del ideal clásico por completo. Sin embargo hay cuestiones de detalle que conviene tener en cuenta. El político virtuoso, entregado «a los más nobles desvelos [por] el bienestar de la patria», tendría asegurado el cielo propio en un vuelo al lugar eterno. Este vuelo sería tanto más preciso y rápido si su alma, todavía encerrada en el cuerpo, ya dispone en vida de herramientas conceptuales para «la contemplación del mundo exterior». Esta contemplación aseguraba la separación del alma respecto del cuerpo y la preparaba para la existencia futura. El proyecto imperial de Alfonso, que formaba parte de su preocupación por la patria, implicaba el valor escatológico de disponer de una representación de la Tierra desde el exterior y por lo tanto una geografía imperial como condición de demostración de ser una de esas almas sublimes que tiene garantizada la salvación. No se trata de errores respecto al saber geográfico actual, como decía Ballesteros. Se trata de tener otro concepto del espacio.

Macrobio le ofreció así a nuestro rey un sistema de conocimiento imperial válido tanto para la acción política como para la dimensión contemplativa del hombre perfecto, del filósofo rey. Por ello, habría sido decisivo para los analistas de la comprensión de la idea imperial de Alfonso saber que este *Comentario* de Macrobio siempre llevaba incorporado un mapa de la Tierra y no solo del cielo. Por supuesto, los actuales biógrafos de Alfonso, como González Jiménez, o los analistas de sus libros históricos, como Fernández Ordóñez, no citan mucho a Macrobio ni a Cicerón. Como veremos, esta fuente es relevante en varios sentidos, pues reaparece en

¹² *Sueño de Escipión*, II, 17, ed. esp., p. 449.

el *Setenario*. No es importante solo por el tema, que ya persiguió Hans Baron, de la contraposición entre el ocio y el negocio. Lo decisivo sin embargo ahora es que su idea de la Tierra, y de la acción política imperial que le es interna, está fuertemente influida por esta fuente de Macrobio.

Muchas de las manifestaciones de Alfonso nos parecen megalómanas, tanto su pretensión de conocer todos los hechos históricos, como su aspiración de dominio imperial. En todo caso hablamos de una megalomanía que responde a una posición ideal. Cuando Alfonso se vio con el conjunto de saberes y textos que acumuló en su escritorio, no era completamente descabellado sentir que algo de plenitud y de culminación tenía lugar en su propia vida¹³. Como hemos visto, siete siglos antes el mismo Macrobio percibía algo semejante. La filosofía y la contemplación omniabarcadora transmiten una impresión de superioridad, de sublimidad. Apropiarse de esta tradición era adueñarse de la herencia de la *romanitas*. Sobre este núcleo central, los demás saberes atendidos por el escritorio del rey eran dimensiones concretas del legado clásico¹⁴. En suma, la megalomanía de Alfonso era la de la tradi-

¹³ Cf. «Los clásicos en el umbral del siglo XIV allende y aquende los Pirineos», de Ángel Gómez Moreno, [isime.it/public/biblioteca/Miscelaneavirtude 153-156](http://isime.it/public/biblioteca/Miscelaneavirtude153-156). Muestra que el escritorio alfonsí tenía la mayor parte de los manuscritos que circulaban, además de los musulmanes, que eran más privados. Esto por sí solo no disminuye un ápice el valor de mi consideración «objetiva» de que ya se trataba de saberes gastados y con una funcionalidad política, no con una funcionalidad destinada a producir nuevos saberes. Aquí hablo de la verosimilitud de la representación alfonsina.

¹⁴ No hay que olvidar que el libro II de Macrobio se abre con un «Tratado de Música»: la armonía de las esferas, de clara tradición platónica y de clara importancia para el rey de las *Cantigas*. Sorprende que no se ha halla empleado nunca Macrobio, hasta donde sé, para el estudio de la música y para el integral programa alfonsino.